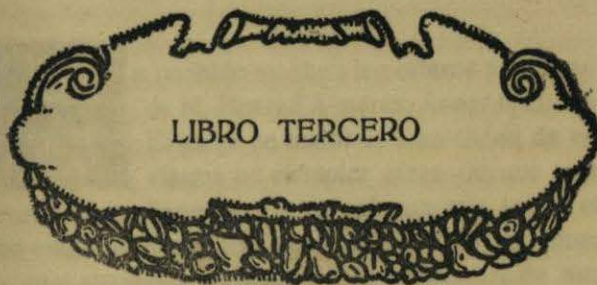
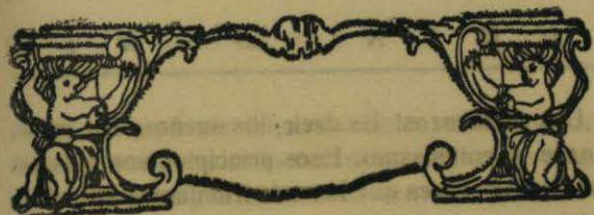


bulevar, una sólida muralla, flanqueada de rotondas provista de un parapeto con un ancho *trottoir carrelé* alumbrado con numerosos postes de luz eléctrica. Entre este bulevar y la calle Aguado se extiende la espaciosa plaza llena de césped. El bulevar tiene cerca de un kilómetro de largo, es un paseo excelente y fué construído por el ingeniero Herzog.





He recibido un libro importante y curioso, de M. Henri d'Alm ras, *Avant la Gloire*. El autor ha tenido la amabilidad de enviarme un ejemplar antes de que aparezca en las librerías. Es un volumen que trata, en un estilo sin penachos, sencillo, a veces malicioso y casi siempre espiritual, de los comienzos de muchos grandes nombres de las letras francesas contemporáneas. Grandes nombres es mucho decir. Hay en la obra mezcla de grandes y medianos. Lo mismo que «gloria» habría quedado mejor sustituida por «celebridad». El autor ha averiguado con paciencia e interés los detalles de los comienzos y primeros pasos de los escritores que figuran en su obra, desde que, completamente desconocidos, hicieron los iniciales esfuerzos para lograr renombre. Los escritores son de diferentes tamaños. Los hay enormes, como Zola, y chatos, como Ohnet. El libro es ameno y logra que el lector se interese por más de un precioso dato.

¡Los comienzos! Es decir, los sueños, las esperanzas, el entusiasmo. Esos principios son más bellos muchas veces que las más triunfantes victorias. Siquiera porque toda esperanza es hermosa, y todo logro quita el placer de esperar y da el cansancio humano de lo conseguido. La posesión de la gloria es lo mismo que la posesión de la mujer,

El libro de M. D'Alméras está lleno de anécdotas, que son la sonrisa de tantas luchas. Él ha buscado documentarse en conversaciones, lecturas y recuerdos. Comienza con Alejandro Dumas, hijo, de cuyo nacimiento habla su padre en sus Memorias con estas palabras: «El 29 de Julio de 1824, mientras el duque de Montpensier venía al mundo, a mí me nacía un duque de Chartres, plaza de los Italianos, número 1.» Cuenta sus primeros años de colegio, sus versos, porque hizo versos. Su entrada en el mundo, muy joven, y estos paternales consejos, muy del viejo Dumas: «¡Ya eres hombre! Escucha mis instrucciones. Cuando se tiene el honor de llamarse Alejandro Dumas, no se debe vivir como un mercachifle o como un hortera. Se come en el Café de París. Se tiene lindas mujeres y se les paga regiamente. No se priva uno de nada. Anda, hijo mío, y cuenta conmigo. En tres o cuatro años, si quieres casarte—porque al fin se llega a eso—te daré trescientos mil francos para comenzar.» Demás decir que Dumas, hijo, siguió con todo empeño el consejo de su padre, y en muy poco tiempo llegó a tener cincuenta mil francos de deudas. Cuando le pidió al autor del *Montecristo* para pagar, aquél le contestó: «¿Cómo diablos te voy a poder dar cincuenta mil francos

para pagar, yo que debo seiscientos mil?» Con todo, el hijo, que se vió en la necesidad de pedir prestado a muchos amigos, hasta en verso, murió rico y avaro.

De los Goncourt hay noticias que ya conocemos en algunas páginas autobiográficas, como las referentes a la publicación de *En 18...* No son de los que menos han sufrido en su iniciación, los dos hermanos Zengano de la escritura artística. Solicitudes, fracasos, desdenes de editores, incompreensión, amarguras de toda especie acompañaron su entrada a la literatura. En cuanto a Alfonso Daudet, M. D'Alméras se ha encontrado el trabajo hecho, en el encantador *Petit Chose*. Mas hay otros puntos nuevos y páginas bien narradas sobre la juventud del padre de Tartarín. «El joven escritor, dice en su párrafo, había escapado, gracias a una casualidad feliz—la protección de un hombre de *esprit*—a la negra miseria de los comienzos, de que no se avergonzó jamás. Ya no estaba expuesto a comer con un apetito de diez y ocho años, por toda comida, un pedazo de pan y un trozo de salchichón. No corría ya el riesgo de verse echado, por un bárbaro propietario, por algunas mensualidades atrasadas, y pasar la noche—felizmente en verano—en un banco del Luxemburgo.» Y la anécdota del «paso de *Fromont jeune et de Risler aîné*.» Son las primeras ganancias serias que aseguran la vida.» Esa novela, de una observación tan penetrante y tan conmovedora, había sido compuesta en medio del París industrial, en un cuadro material y moral que le convenía, a maravilla. «Mi gabinete, escribía el autor,

años más tarde, daba sobre los verdores y los negros enrejados de un jardín. Pero más allá de esta zona de frescor y de trinos de pájaro, había la vida obrera de los barrios, la recta humareda de las usinas, el rodar de los carretones, y aún oigo sobre el pavimento de un corralón vecino el ruido de una carretilla de comercio que en la época de los regalos iba llena de tambores para niños. La vuelta, la salida de los talleres, las campanas de las fábricas pasaban sobre mis páginas a hora fija. Ni el menor esfuerzo para conseguir el color, la atmósfera ambiente; estaba lleno de ello.» *Fromont jeune et Risler aîné*—que la Academia debía coronar en su sesión de 15 de Noviembre de 1875—tuvo un gran éxito de Prensa y llegó muy pronto a ese número de ediciones que asegura—a veces injustamente—a un escritor el mérito de su obra. En el mes que siguió a la puesta en venta, Alfonso Daudet había sido invitado a almorzar en casa de su editor Charpentier. Este, cuando se levantaron de la mesa, le dijo en voz baja: «No os olvidéis, ante todo, antes de irnos, de pasar a la caja.» Cuando él se presentó, un poco conmovido, ante la ventanilla, el cajero le entregó en luises de oro, en monedas de cinco francos y en moneda menuda, según desempleado, una suma muy respetable—los primeros beneficios del libro—. Daudet salió como un loco, tomó un coche para llegar más pronto a su casa, subió la escalera rapidísimo, entró sofocado, encantado, en la pieza en que se encontraba su mujer, y después de haber arrojado a manos llenas sobre la alfombra, sin tener fuerzas para decir una palabra,

el dinero que acababa de dársele, bailó lo que después se llamó entre los suyos «el paso de *Fromont jeune et de Risler aîné*». Y con ese paso de *ballet* fué como entró en la gloria».

De Maupassant hace notar la rapidez en la reputación, desde sus primeros trabajos. De paso habla de sus versos. De éstos se dijo que revelaban un excelente prosista. Sin entrar en esas sutiles distinciones, es el caso que en Maupassant había un verdadero poeta ahogado después en necesidades de producción y de oficio. *¡Voilà le mort d'amour avec savandière!* Veamos algunas líneas de M. D'Almèras: «Sabía sacar partido maravilloso de su literatura, fabricada concienzudamente y con método. Se le pagaba lo que valía, lo cual es muy raro en el mundo de las letras. Evitaba las colaboraciones a la ventura y las casas cuya prosperidad no le parecía bastante cierta. Su reputación aumentaba cada día». *Bel Ami* le colocó en primer rango entre los novelistas, nuevos y viejos, y le dió gloria. Así, en cuatro años de vida literaria llegó a la cima; pero ya se desarrollaba en él, como una enfermedad incurable, ese doloroso estado de alma que debía emponzoñar todas sus alegrías. El medio de los literatos, de los artistas, en que estaba obligado a vivir, le repugnaba más y más, y a los treinta años experimentaba el cansancio y los disgustos de un escritor envejecido y fatigado. El periodismo, con su necesidad banal y monótona, no le interesaba ya: «No tengo sino un deseo en mi vida—escribía a un director de revista—; y es el de no escribir jamás una sola línea en ningún diario del mundo»; y agregaba esta

otra confesion, que muestra hasta qué punto estaba desencantado: «Tengo una imperiosa necesidad de no oír hablar más de literatura, de no hacerla más, de no vivir en eso y de ir a respirar lejos un aire menos artístico que el nuestro». Todo esto, en verdad, es excesivo, pero se explica. A través de lo justo de esos desencantos prematuros se transparenta la inquietud mental del enfermo, que debía acabar por perderse en la locura y en la violenta muerte.

De Verlaine hay poco que no se sepa en su accidentada vida. Por otra parte, él ha dejado mucha confesión, recuerdos y páginas de autobiografía. Saint-Paul-Roux descubrió en el campo a un labrador, tío del pobre Lelián. Poco nuevo hay en este libro que pueda interesar a los verlainistas. Por lo que toca a Catulle Mendès, sí hay noticias escasamente sabidas. Desde luego, estos versos escritos en la infancia, y que son inéditos:

Le poêle brûlant, rouge, accroupi dans son angle
Comme un âne poussif par sa corde étranglé.
Râlait sous une bande en cuivre roux, qui sangle
Son gros ventre d'argile aux feux tout écaillé.

Aunque apoyado largamente al principio por su padre, Mendès no dejó de pasar horas muy duras, después de haber fundado varias revistas y alzado y derribado muchos castillos en el aire. «Casi célebre ya, aquél, a quien se llamaba el Clodión de la pequeña literatura, gastaba mucho y ganaba poco. Allá por 1868, la recomendación de la princesa Matilde le hizo obtener una plaza de expedicionario—90 francos al mes sin contar gratificaciones—en no

sé qué ministerio que dependía del mariscal Vaillant. La primera vez que Catulle Mendès se presentó en su oficina, un ujier vino a buscarlo de parte del mariscal Vaillant. Persuadido, con ese tocante candor de la juventud que la mayor edad no corrige casi, de que se le va a ofrecer un puesto digno de él, entra, lleno de confianza y buscando fórmulas de gratitud, en una gran pieza en que se encontraba un hombre gordo en mangas de camisa. El hombre gordo se vuelve apenas, y con una voz brusca:

—¿Es usted el que ha escrito esto?—le dijo mostrándole un ejemplar del *Román d'une nuit*, con las páginas sin cortar.

—Sí, señor—respondió Mendès; pero, a una seña de las personas que estaban presentes, corrigió:—Sí, mariscal.

—No lo he leído, pero me parece que es inconveniente. Yo no quiero en mis oficinas empleados que escriban inconveniencias. ¡Lárguese!

Así terminó la carrera burocrática de Catulle Mendès. La princesa Matilde, resentida de que se hubiese echado tan poco atentamente a su protegido, el yerno de su viejo amigo Gautier, le estableció una pensión. Poco tiempo después, la gloria y el provecho llegaron.

Mucho se sabe de la leyenda de Jean Richepin. En su vida, la leyenda y la realidad se confunden. Nació en Argel; su padre fué un médico militar, y fué bautizado por un sacerdote que había sido zuavo.

Veinte años más tarde comienzan sus esfuerzos para proclamarse turanio, bohemio y por *épater* a las gentes. Fué periodista, profesor, gimnasta y

pasó mil necesidades. Fué soldado. Usó un gran sombrero que fué célebre.

—«¿Qué es ese sombrero? — murmuraban las gentes ya conquistadas,

—Es Jean Richepin, joven poeta de porvenir. Se habla muy bien de las obras que va a escribir.»

Luego fué la gran campanada de la *Chanson des Gueux*, por el cual libro de versos fué llevado a la prisión de Sainte-Pelagie.

Después dejó París. «Otro quizá habría quedado aplastado, definitivamente vencido por la persistencia de su mala suerte; pero el vigor físico, en Richepin, venía en ayuda del vigor moral. Después de haber cantando a los *gueux*, no vaciló en serlo él mismo, y el rudo oficio de cargador en los muelles de Burdeos permitió al poeta esperar días mejores. Vuelto a París, pudo entrar en el *Gil Blas* y encontró una colaboración seria. Eso no era aún la gloria, pero sí la vida asegurada». Después fué cómico, con Sarah Bernhardt, en *Nana Sahib*, y luego fué célebre.

En las páginas sobre Sardou son de señalar las que tratan de su espiritismo. Sardou se apasionó de esos estudios desde la llegada del medium Home. Conocidos son sus dibujos y sus escritos de ese género; ya se sabe que todavía persevera en sus creencias y en sus experimentos. En cuanto a su estreno teatral, fué con la *Taverne des étudiants*, y la historia de esa comedia es de lo más interesante y sugerente.

A Jules Lemaitre, hoy perdido en los laberintos oscuros de la política, la suerte le vino por el lado

del normalismo. En la Escuela Normal se inició en las letras, y hasta escribió versos, no completamente católicos,

Qui ne la connaissait, hélas!
Aux bons endroits du Boule-Miche?
Mon Dieu! comme elle parlait gras
Et buvait sec la pauvre biche!

O Nini,
N, i, ni,
C'est fini.

Elle n'avait jamais un sou
Elle était franche et facile,
On l'appelait Nini Voyou.
«Encore une étoile qui fle.»

Ya véis que cuesta mucho creer que eso sea del actual sostenedor del nacionalismo en unión de Coppée. Vinieron después los trabajos críticos, la seriedad, la celebridad, las ganancias. Un artículo duro contra George Ohnet hizo ruido. D'Alméra tiene a este propósito una frase deliciosa: «Attaquer le talent de George Ohnet, c'était dire du mal d'un absent.»

¿Y Scholl? Aquí están también los comienzos de este famoso periodista, hoy muy viejo, a quien algunos creen muerto. Son también interesantes y ayudan a conocer esa personalidad ya casi desaparecida, pero que tuvo el imperio de la crónica.

C'est le mousquetaire Aurélien Scholl,
Au Palais-Royal, le soir, quand il passe,
Les arbres, courbant leur front avec grâce,
Lui disent: Bonjour, Monsieur Rivarol.

En las páginas sobre Claretie encontramos cómo fué que el actual administrador de la Comedie Française aprendió español: llevando los libros y la correspondencia de un comisionista en mercaderías. Hay un detalle asimismo muy curioso. ¿Quién conoce la primer novela de Claretie, *Les secrets d'Exili*? Esta obra no se ha publicado en francés. Véase cómo. El autor había guardado su manuscrito en un colegio, y un chileno lo descubrió y lo mandó a la América del Sur. He aquí por qué esa obra apareció en un diario de Chile, en español. ¿Cuál fué ese diario? ¿Quién fué ese chileno? ¿Quién sabe en Chile detalles sobre ese asunto?

Y así sobre el perillustre Montepin, sobre Zola, sobre Anatole France y otros autores menos altos. M. d'Améras ha compuesto su libro y le ha hecho amable a la lectura, con el halago que presentan las cosas inéditas, las confidencias, los lados ocultos o poco sabidos de la existencia de los hombres notables.

La moral de la obra está en que no hay que desesperar si la suerte se presenta poco favorable al principio. Casi todos los dueños de la gloria y de la fortuna han tenido que luchar, que sufrir, que pasar horas muy amargas, muy terribles. Con fe y con voluntad han triunfado. Después ha venido la fama, y con ella el dinero, precipitado actual de la celebridad, ya que no de la verdadera y soberana Gloria.



No se sabría ignorar que París ha atraído y atrae a la intelectualidad de todos los lugares del mundo. Numerosos artistas y escritores extranjeros hacen de París su residencia preferida. No se encuentra en ninguna parte este ambiente espiritual y esta contagiosa vibración de vida. Si la inmigración a este respecto no es mayor, débese a que París no consiente el triunfo constante de un extranjero. Un escritor, un sabio o un artista, será alabado en este centro en tanto que su nombre llegue de lejos. Cuando ese artista, ese escritor o ese sabio, instalado en París, se convierte en un rival, cuando su producción llega a hacer competencia a la producción propia, se le atacará, se le demolerá o se le desdeñará.

Strindberg, entre cien, pagó cara su carta de vecindad parisiense; D'Annunzio no ha vuelto a pensar en escribir en francés, y Sienkiewicz, aun allá en Varsovia, por sus multiplicadas ediciones, es ape-

llidado ya *le juif polonnais*. Viven, pues, aquí muchos hombres de letras, extranjeros, que escriben para sus respectivos países, o como Max Nordau, para públicos de distintas naciones.

La literatura hispanoamericana es, como lo he dicho en otra ocasión, completamente desconocida. Apenas el *Mercur de France* abrió por algún tiempo en sus páginas una sección, que ha desaparecido. Por otra parte, todo lo hispanoamericano se confunde con lo netamente español. Y es digno de notar que gran parte de la *élite* de las letras de nuestras repúblicas vive hoy en París.

En épocas pasadas, París albergó a notables personalidades de la intelectualidad de nuestro continente. La figura más alta, indiscutiblemente, fué la de Alberdi. El chileno Bilbao fué aquí donde recibió las lecciones directas de sus maestros Lamennais y Quinet. El colombiano Torres Galcedo, diplomático y escritor de muy buenas intenciones, logró hacerse una personalidad un tanto parisiense, y Jules Janin le escribió un prólogo para un libro de versos. Héctor Varela, de bulliciosa memoria, hizo por un instante volver la vista hacia sus fuegos artificiales. Numa Pompilio Llona, el respetable poeta ecuatoriano, tuvo muy buenas amistades en la corte de Hugo.

Más recientemente, otro ecuatoriano genial muy poco conocido en la América de este lado de los Andes, Juan Montalvo, pasó los últimos años de su vida, duros y penosos, bajo este cielo. Demás decir que en cuanto murió se le levantó una estatua en Quito o Guayaquil.

Actualmente residen en París, establecidos desde

hace tiempo, el célebre filólogo colombiano J. Rufino Cuervo y el crítico cubano Enrique Piñero. El señor Cuervo es un prodigioso trabajador de infinitas pequeñas transcendentales lexicográficas. ¡Es el autor asombroso del *Diccionario de regímenes*! Es, indudablemente, un lingüista sabio, y la Academia española se inclina ante su inmensa labor, que ocupará, concluída, varios estantes. El señor Piñero publicó hace muchos años en Nueva York un libro sobre poetas modernos, que puede considerarse como una de las más serias y elevadas obras de crítica intentadas en la América latina. El señor Cuervo continúa en su tarea lexicológica fabulosa, que ha hecho que en Colombia se le compare, con ventaja, á Littré.

Entre los diplomáticos hay algunos nombres. El ministro de Guatemala, D. Fernando Cruz, ha, en sus tiempos floridos, «pulsado la lira», y Clori y Filis le agradecieron más de un *bouquet* galante, allá en tierra guatemalteca. Su secretario, Domingo Estrada, ha publicado prosas y versos muy estimables, entre estos últimos la traducción de *Las Campanas*, de Poe. Recientemente ha merecido tener éxito su librito bien sentido sobre José Martí.

El marqués de Peralta, ministro de Costa Rica, parece que no tiene su conciencia bien tranquila respecto a asuntos del Parnaso, y, ahondando en sus recuerdos, se encontraría más de una ligera confabulación en las musas. Fernández Guardia, secretario de la Legación, autor de un muy bonito volumen de cuentos, es de los más notables escritores de los países centroamericanos,

A este respecto se lleva la palma de poeta el secretario de la Legación argentina, García Mansilla, cuyos versos, de una elegancia discreta, y escritos en francés, no quieren traspasar los límites del salón, en donde se tratan confidencialmente con las flores de Magdalena Lemaire y las músicas de Benberg.

El marqués de Rojas es un escritor de sólido saber, y cuya autoridad en asuntos económicos es por todos acatada.

El ministro de Chile, Señor Blest Gana, es autor de varias novelas que tuvieron en su época gran acogida. Si Miguel de Unamuno las lee, irá Martín Rivas junto con Nastasio a la Universidad de Salamanca. El ex presidente de Honduras, Marco Aurelio Soto, uno de los dos miembros honorarios de la Real Academia Española, y que hizo el Luis XIV bastante bien hecho, en Tegucigalpa, hace años que no tiene nada que ver con la literatura, lo propio que el señor Gustavo Baz, encargado de Negocios de Méjico. Hay otros literatos residentes en París, los activos, algunos de ellos no desconocidos en Buenos Aires.

Luis Bonafoux, corresponsal del *Heraldo de Madrid* y el director del *Heraldo de París*, es un crítico temido y de autoridad en España. Es nacido en Puerto Rico, pero se le considera como español. El señor Bonafoux, satírico violento, elegante y sutil cuando sujeta sus ímpetus flagelantes, y de una aspereza que en Francia tan solamente podría com-

pararse con las justicias e injusticias de Bloy o de Tailhade, casi siempre tiene razón cuando ataca. Como cuentista ha publicado, entre otras cosas, un reciente pequeño volumen de narraciones y *nouvelles*, en donde hay verdaderos hallazgos de invención y bellas gracias de estilo.

Miguel Eduardo Pardo, autor de una buena novela venezolana, *Todo un pueblo*, es un temperamento de luchador y acompaña en el *Heraldo de Madrid* al señor Bonafoux. Escribe allí generalmente sobre asuntos políticos sudamericanos, y en especial sobre los sucesos de su patria, Venezuela, en donde, dado su carácter, no será difícil verle ocupar un puesto público.

Otro venezolano reside en París, cuyo nombre entre los intelectuales argentinos es saludado con simpatía y respeto: ha nombrado a Manuel Díaz Rodríguez. Es éste un espíritu de excepción, de los pocos que forman la naciente y limitada aristocracia mental de nuestra América. Es un entendimiento serio y reflexivo, aislado de las bulliciosas tentativas de un arte de moda, como de las filas de momias que duermen entre sus *bandelettes* tradicionales. Desde su primer libro, la nobleza de su pensamiento y la distinción de su estilo le colocaron en un lugar aparte en nuestra literatura. *Confidencias de Psiquis*, *De mis romerías*, *Cuentos de color* nos pusieron en comunión con una de las más fervientes almas de arte que hayan aparecido en tierra americana. Dentro de poco se publicará una novela, obra de médula y aliento, muy americana en su psicología, y muy europea en la forma arquitectural del libro, que

revela desde luego en el autor la seguridad y la fuerza de un maestro. Y el señor Díaz Rodríguez es aún muy joven, apenas roza la treintena. Yo quisiera que todos los nuevos talentos de América cultivasen la propia personalidad con la firmeza y discreta gallardía de este generoso trabajador. La publicación de *Ídolos rotos*, si no se pudiera llamar con el usado clisé, un acontecimiento literario, causará innegable agrado. Y levantará los más justos y sinceros aplausos en los grupos pensantes de las repúblicas de lengua española. Esta es de las novelas que, traducidas, pueden incorporar una literatura hasta hoy ignorada, como la hispanoamericana, al movimiento cosmopolita. La idea de Max Nordau no anda muy lejos de la verdad, al ver en lo porvenir una rica primavera para el pensamiento americano. Si Europa llega a poner su curiosidad en nuestros productos intelectuales, habrá de comenzar por obras como las del señor Díaz Rodríguez.

Amado Nervo, el poeta mejicano, se ha establecido también en esta capital de las capitales. Buen artista, buen monje de la belleza, buen muchacho, lleva su nombre con toda seguridad; se le conoce, y al llamársele, no se miente. Sensitivo, verleniano, virtuoso en la ejecución del verso, y, sobre todo, sincero y de conciencia, que en esto, como en todo, es lo principal, tiene su triunfo seguro. He dicho que es mejicano, y, naturalmente, es en Méjico donde se le ataca. El ambiente de París ha dado nuevas vibraciones a los nervios de Nervo, y hecho el indispensable y complementario viaje a Italia, el fiel laborioso prepara nuevas obras que han de superar

desde luego a *Perlas negras* y a *Místicas*, en donde un cuidado de *métier* y una preocupación de técnica y de *décor*, apartaban la fuente oculta de la íntima poesía de verdad y de vitalidad que empieza a aparecer en *Savia enferma*. Hay en el fondo de este poeta mucha savia sana, y es la que hemos de ver pronto en poemas de energía y de gozo, en una epifanía espiritual, en una exaltación de las propias fuerzas, sobre la simple «literatura», y que llevará en sí una virtud comunicativa de anhelos de bien, de esparcimientos de puro y caritativo arte. ¡Gloria sea dada en la tierra y en el cielo a los artistas de buena voluntad!

Vargas Vilas es un escritor genial, novelista y poeta. Su vida es también un poema, de luchas y de triunfos en la política agitada de nuestras repúblicas hispanoamericanas. Su obra, incorrecta como un torbellino, sonora como un mar, es una obra de bien. Vargas Vilas no es ni de su tiempo ni de su país. Su época habría sido la de la Italia del Renacimiento, y su país, esa misma Italia que él ama y en la cual su espíritu se ha aparecido y ha creado páginas de amor, dolor y belleza.

Rufino Blanco Fombona es un artista delicado y raro, al propio tiempo que un espíritu osado y violento; hay en sus versos trino y aletazo, suave pluma y garra de bronce. Sus cuentos son páginas de emoción y de pasión. La juventud, con todos sus dones primaverales y todas sus exuberancias irreflexivas; se abre paso en toda la producción, ya considerable, de este autor brillante y elegante. Ha viajado mucho y ha gozado mucho. Conoce el color de

todas las cabelleras amorosas, y le han dicho «yo te amo» en todas las lenguas conocidas. Mañana será la madurez y el peso del pensamiento y la acción provechosa que su patria espera. Hoy, en la copa de oro, es justo y natural ver deshojar rosa y rosa de disolverse una perla.

Un folleto publicado en Nueva York hace algún tiempo, *El continente enfermo*, causó bastante ruido en algunas repúblicas hispanoamericanas. Su autor, un venezolano, César Zumeta, exponía con valiente franqueza las dolencias y vicios continentales, los peligros de nuestras democracias, la constitución dañada del social organismo, las consecuencias fatales de las malas políticas y lo inevitable de la amenaza yanqui. Este folleto ocasionó la publicación de un libro de alto mérito del señor Francisco Bulnes, mejicano. Como hombre de letras, el señor Zumeta merece un renombre superior al que ha logrado por su labor sociológica. Un libro suyo, de calidad exquisita, pero abrumado por un título que recuerda los cuadernos de escuela primaria: *Escrituras y lecturas*, conocido por un escaso número de lectores y apreciado en su justo valor por limitadísimo grupo intelectual, bastaría para dar a su autor la autoridad y consideración respetuosa. Es un sincero adorador de belleza. Produce poco y muy de tiempo en tiempo. En París sostiene precariamente una revista de intereses americanos, que, a pesar del talento de su director, no es sino una de tantas, por culpa esencialmente criolla.

El *Mercurio de France* tenía como redactor de su sección de letras hispanoamericanas, a Pedro Emilio

Coll, también, como el señor Zumeta, de Venezuela. Espíritu fino y delicado, Coll ha publicado escasamente; pero lo poco suyo conocido nos revela una fuerza mental sobre la mentalidad provisional de nuestra América. Como todo lo poco que pesa y se impone en las repúblicas de lengua española. ¡Estas repúblicas de Sud América son en todo tan provisionales! exclamaba con su sabia ironía monsieur Rémy de Gourmont, en uno de sus últimos *Epilogues*.

«POLONIO. —¿Qué leéis, monseñor?

HAMLET. —Palabras, palabras, palabras.

POLONIO. —¿Pero de qué se trata?

HAMLET. —¿Entre quiénes?

POLONIO. —Quiero decir ¿de qué asunto trata el libro que leéis?

HAMLET. —¡Calumnias! El perverso satírico afirma que los viejos tienen la barba gris, el rostro lleno de arrugas, que sus ojos vierten ámbar y goma, y que unen a la falta de entendimiento una gran debilidad de piernas; lo cual creo plenamente, y, sin embargo, no me parece honesto hallarlo consignado en tales términos, pues vos mismo, señor, seríais de mi misma edad, si os fuera posible andar hacia atrás como el cangrejo.

POLONIO, *in pectore*. —Aunque todo lo que habla son locuras, no deja de tener en el fondo cierto mérito.»

Esta cita de Shakespeare sirve de prólogo al primer libro de Coll, *Palabras*, unida a estas exclamaciones de *Hamlet*, en las maravillosas *Moralités Legendaires*: «¡Ah, qué solo estoy! Y en verdad, ta

época no es culpable de ello. Tengo cinco sentidos que me atan a la vida; pero, este sexto sentido este sentido de lo infinito... Soy joven todavía, y en tanto goce de mi excelente salud, todo irá bien. ¡Pero la Libertad! ¡La Libertad! Sí, me marcharé de aquí y viviré anónimo entre gentes honradas y me casaré para siempre, la cual será la más hamléctica de mis ideas. Pero hoy es preciso obrar, es necesario objetivarse. ¡Adelante por sobre las tumbas, como la Naturaleza!

Estas preferencias inducen al conocimiento de un temperamento. Como crítico, el señor Coll ha dado a conocer, siempre con amable optimismo, en sus revistas del *Mercure*, la producción intelectual de la América española en estos últimos años. Es una lástima que su partida a Venezuela haya puesto fin a tan plausible tarea.

Otro venezolano aún, Pedro César Dominici, una de las más activas y abiertas inteligencias de su país, publicó el año pasado una novela, *La tristeza voluptuosa*, de innegable valor psicológico, aunque torturada de descuidos de forma; que no tendrían en absoluto excusa por ser voluntarios.

Bolivia tiene un representante en el joven poeta Franz Tamayo, autor de un libro de *Odas* muy meritorias que se dirían calcadas en Hugo. Este culto talento, cuyo solo contrapeso está en la difícil digestión de unas cuantas filosofías y variedad de erudiciones, honrará, si su voluntad persevera, al pensamiento de su patria, ya glorioso en el mundo de la nueva poesía, con el solo nombre de Ricardo Jaimes Freyre.

Argentino es el señor Soto y Calvo, autor de picantes páginas de viajes, y que por su mentado *Nastasio* ha juntado a lo que la naturaleza le dió lo que Salamanca le presta. Los méritos poéticos del señor Soto y Calvo han sido revelados a nuestro público por el sabio rector de la Universidad salmantina, ¡mozo jinetazo ahijuna! que no halla inconveniente es estudiar a un tiempo la patología griega y ser el escoliasta de Martín Fierro o Anastasio el Pollo.

Argentino asimismo es Manuel Ugarte, joven cuyo talento ponderado y buscador ha logrado la realización de más de una bella joya de arte. Su sobriedad le ha impedido los pasos en falso, las caídas icarias, No tiende sino hasta donde sus fuerzas le alcanzan y el pegaso, en los vuelos precisos, jamás se ha dislocado un solo hueso. Su vaso es pequeño; pero cuando lo necesita, se fabrica otro más grande, y bebe así en sus dos vasos. Sabe lo que se propone, y el cielo de París le ha alentado en sus deseos. Sus versos son siempre gratos; bellos algunas veces. Busca la originalidad y se aparta de la extravagancia. En prosa es claro y pictórico cuando describe. Es socialista, y aun creo que en el fondo de sus voliciones, anarquista:

Y argentino Angel Estrada, cuyo libro *El color y la piedra* tanta agitación causó con su aparecimiento en Buenos Aires. Como el Dr. Cané, no pocos hemos sido los que hemos visto como un signo de vida nueva en la juventud argentina—yo digo en la juventud americana—el hermoso aparecer de este joven talento, cuyo libro primigenio tiene todo el color y la gracia del primer fruto de un árbol sano y

gozoso de savia. Generoso temperamento ante la naturaleza, espíritu religioso y al propio tiempo dueño de la libertad del arte, ha viajado mucho, y en todos lugares, los paisajes de la tierra, las luces del cielo, las armonías de las cosas le han hecho vibrar como un instrumento acordado, y el don de Dios ha hecho fluir la digna idea en noble ritmo, en la música de la palabra. Ya conocido en nuestro mundo intelectual por su poema especular, en que el alma de Rodenbach se romantiza en la emoción lírica de una juventud coronada de sueños, su obra en prosa vino a asentar la fuerza de su pasión artística, la discreción aristocrática de su buen gusto. Nuevas poesías han brotado al influjo de climas diversos, y nuevas páginas de impresiones y de recuerdos, mentales y sentimentales.

Las prosas cantan en su música interna de ideas y evocaciones más sutilmente aún que en sus cuerdas de palabras; son las hermanas de los versos, educados ambos por la misma voluntad paternal, en un cuidado de armonía y en un anhelo de ascensión que se diría tienen las mismas voces y las mismas alas. Mayor sobriedad, el desdén de la preocupación puramente «artística», y que asoma con más frecuencia, apareciendo entre la riqueza del *décor*, el alma sincera y fresca del poeta, que sabe la inmensidad de su virtud íntima y tiene el orgullo de su tesoro—, orgullo que no se muestra más que benévolo en el don de su primavera.

Todos estos escritores y poetas que he rápidamente nombrado, y yo el último, vivimos en París; pero París no nos conoce en absoluto, como ya lo he di-

cho otras veces. Algunos tenemos amigos entre las gentes de letras; pero ninguno de estos señores entiende el español. El *Mercure* abrió la *rubrique* de letras hispanoamericanas, hoy desaparecida por un extremado cosmopolitismo, y M. Finot, director de la *Revue et Revue des Revues*, al encargarme un estudio sobre el movimiento intelectual argentino, fué franco en no ocultarme que tomaba el asunto casi como perteneciente al folk-lore. Así, de la literatura malaya se pasa a la literatura dominicana o a la poesía de las islas Fidji. Desgraciadamente todo es cuestión de moda. Hace algunos años todo lo ruso privaba y luego lo escandinavo. Se hizo una estación en Italia con D'Annunzio y la Serao, y hoy se grita *Vive la Pologne Monsieur!* a causa del fatigante y asenderado *Quo Vadis?* A nosotros no nos ha tocado aún el momento; y mucho es que el poeta Díaz Romero encuentre su prosa traducida en revista como el *Mercure*, a propósito de Albert Samain. Cuando uno piensa que hace más de dos meses que Bjorsterne Bjornson se encuentra en París y que si no fuera un grupo de naturistas y otros entusiastas que han pensado en hacer representar una obra suya, nadie sabría que el pobre grande hombre está en la enorme capital...

